

CAPITULO XIV.

Causas de la Intervención.

Aunque el Gobierno liberal había vencido al partido reaccionario y había dispersado sus ejércitos en todo el sur y sud-oeste del país, este partido estaba muy lejos de permanecer pasivo. Y como no le era posible seguir la campaña con ejércitos grandes y bien equipados, debido á sus recientes derrotas, manifestaba su actividad en su lucha por supremacía por medio de numerosos guerrilleros; siendo esta guerra de guerrillas bien conocida en México desde las primeras intentonas que en tiempo de la colonia se hicieron para sacudir el yugo español. La configuración del país y lo imperfecto de los medios de comunicación en esos días facilitaban esta clase de guerra. Y así, los jefes derrotados se replegaron á las montañas con los restos de sus fuerzas que pudieron reunir, allí permanecían en relativa seguridad hasta que lograban formar número suficiente para invadir una ó más de las ciudades populosas de los valles.

Docenas de cabecillas, bandoleros y ladrones, que como el inmigrante irlandés, estaban contra el Gobierno por principio—pues encontraban que el partido de oposición estaba siempre dispuesto á dejarlos hacer lo que más les placía—docenas de estas cuadrillas saqueaban las ciudades y las villas, las plantaciones y las haciendas y hacían imposible la paz y la prosperidad. Por ambos lados se sucedían las represalias: las propiedades eran destruídas, las aldeas incendiadas, asesinados los habitantes ó trasladados á los montes para exigirles rescate. Al propietario le era imposible trabajar sus tierras, porque los labriegos estaban alistados en el ejército ó se habían unido á alguna de las partidas de guerrilleros ó de fascinerosos, aumentando así el peligro y el terror en los distritos rurales.

La destrucción de la propiedad, las numerosas hordas de desocupados que vivían del pillaje en las



YENDO Á MISA.

campiñas, el estancamiento en los círculos comerciales é industriales y la clausura de los trabajos en la mayor parte de las minas, producían pobreza general y extrema miseria entre las clases bajas. Millares de mendigos, asesinos, rateros, y ladrones audaces infestaban las ciudades y pueblos de los Estados: y el partido conservador, á pesar de haber sido ya vencido por los liberales, continuaba prolongando la resistencia, urgido por la Iglesia. Así, pues, el país estaba hundido en la mayor miseria, y como es natural, las consecuencias repercutían sobre el Gobierno. Con toda probabilidad no había en ese tiempo hombre más apto para dirigir los asuntos del país que Juárez, y si se le hubiera dejado libre de intervención extraña, es muy probable que eventualmente hubiera logrado hacer surgir orden del caos en que se encontraba hundida la Nación.

Pero el destino es el que se encarga de dar forma á los sucesos de los hombres y de las naciones, y su oculta influencia se iba á manifestar en México en los precisos momentos en que el triunfo de Tapia y Díaz habían dado nueva vida y seguridad á la administración de Juárez.

En medio de estas dificultades políticas y económicas fué electo Juárez Presidente Constitucional de la República por una pequeña mayoría, pues hasta entonces había ocupado la silla presidencial con carácter interino; desde Enero de 1858, con motivo de la fuga del país de Ignacio Comonfort, había Juárez asumido el poder en su calidad de Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el cual, de acuerdo con lo dispuesto por la Constitución, debía hacerse cargo de la presidencia en caso de muerte ó ausencia del Presidente electo.

Pero el partido conservador había rehusado reconocer la Constitución, que había sido promulgada un año antes por Comonfort, quien también la había repudiado pocos días después de haber jurado defenderla, tomando por excusa que era imposible llevarla al terreno de la práctica y cumplir sus estipulacio-

nes. De 1858 á 1861 estuvo la capital en poder de los conservadores, y durante ese período cuatro presidentes de ese partido habían gobernado al país cercano á la capital; mientras que Juárez, representante del partido liberal, había administrado desde Veracruz los asuntos de su gobierno. La capital fué finalmente capturada por los liberales y Juárez entró á ella como Presidente de toda la República el 11 de Enero de 1861.

El 12 de Julio de 1859 Juárez lanzó desde Veracruz su famoso decreto de la nacionalización de las propiedades de la Iglesia y declarando que el matrimonio debía ser considerado como un contrato civil. Si bien este decreto había provocado más animosidad en la oposición de parte de la Iglesia y del partido conservador, había fortalecido al gobierno liberal con sus correligionarios y había proporcionado una bandera que los liberales habían usado con gran efecto. A causa de las reformas propuestas por Juárez, esta lucha, la más reñida en la historia de México, fué conocida con el nombre de "guerra de la reforma."

A su entrada á la Capital de la República, en 1861, Juárez procedió á llevar á debido efecto las reformas porque había abogado y que había defendido durante su destierro del asiento legal del Gobierno. Propuso fueran abolidas las restricciones que anteriormente se le habían puesto á la prensa, é hizo todo lo posible por suprimir el sentimiento poco liberal que con frecuencia se manifestaba aún en los mismos del partido. Implacablemente siguió su plan para la consolidación de las propiedades de la Iglesia, é hizo todo lo que pudo por acabar con las partidas de guerrillas que infestaban el país de un extremo á otro. Todo esto le provocó muchas enemistades, pero no era posible que un hombre del carácter y temperamento de Juárez siguiera un término medio en política. Era liberal por convicción y todo lo que se oponía á sus ideas se encontraba con tenaz oposición de su parte. Su tentativa de dar completa libertad á

la prensa sirvió á los conservadores de arma poderosa para atacarlo, y la realización de su programa de nacionalización de las propiedades de la Iglesia le creó enemigos tan implacables como lo era él. Por consiguiente, su posición bajo ningún concepto era envidiable. Estaba el país infestado de salteadores de caminos, ladrones y guerrilleros, estos últimos poco mejor que los primeros; tenía el gobernante de enemigos á los contrabandistas y á todos los que se dedicaban á tráficos ilícitos: gran parte de la población estaba llena de prejuicios contra él á causa de su credo político ó de sus convicciones religiosas, otros estaban opuestos á él deliberadamente por intereses personales: y todas estas diversas facciones cooperaban para disturbar la paz pública en sus esfuerzos por desalojar del poder al partido liberal, lo que deseaban conseguir, ya fuera valiéndose de sus propios recursos ó por medio de la intervención de alguna nación europea.

Como si todo esto no fuera suficiente, el partido liberal estaba dividido en tres facciones distintas; los constitucionales, que se adherían estrictamente á la constitución; los reformadores, cuyo programa consistía en reformar todos los males que se oponían al verdadero liberalismo; y los indiferentes, que hasta se inclinaban á aceptar y dar su apoyo á cualquier programa del partido conservador, siempre que garantizara la paz y el progreso del país y pudiera constituir un gobierno estable. Esta última facción se pasó casi en masa al partido conservador durante el primer año del imperio, y fué su defección más tarde—pues este partido en todos tiempos ha sido muy numeroso en México—lo que hizo imposible á Maximiliano sostenerse por más tiempo en su vacilante trono.

Esta división en las filas liberales se manifestaba hasta en el Gabinete, aún en los momentos críticos en que el país se veía amenazado por una invasión extranjera, y que sus finanzas se bamboleaban en el borde de la bancarrota. Y el Congreso disputaba

acerca del mejor medio de conseguir fondos para cubrir los gastos del Gobierno, equipar al ejército y liquidar las cuentas atrasadas de salarios de las tropas, mientras los franceses desembarcaban sus fuerzas en Veracruz.

Una casa dividida y en continua guerra no puede subsistir, y esto le pasó al partido liberal; y como para asegurar el completo colapso de su edificio, Juárez aumentó las contribuciones, pidió empréstitos forzosos, rehusó pagar multitud de reclamaciones, y en muchos casos dejó sin pagar en todo ó en parte los salarios de los soldados y de los oficiales. También suspendió el pago de la deuda interior; y si bien todo esto era bastante malo y ponía en relieve la debilidad del Gobierno liberal, era de todos modos asunto que concernía únicamente al pueblo mexicano. Si ningún factor extranjero hubiera intervenido en la situación, es más que probable que el buen sentido y habilidad administrativa de Juárez hubieran logrado calmar la tormenta política y poner el país en buenas condiciones financieras. Fué casi el mismo problema el que tuvo que confrontar Porfirio Díaz cuando tomó las riendas del poder en 1876, con la diferencia que entonces no había complicaciones internacionales; y se ha visto, cómo le fué posible en los primeros cuatro años de su administración poner el país en estado de perfecta paz, satisfacer á los acreedores extranjeros, pagar los sueldos atrasados del ejército y empleados del Gobierno y liquidar la mayor parte de las deudas que el Gobierno tenía con particulares.

Por consiguiente, el elemento perturbador que se introdujo en la lucha que Juárez llevaba á cabo por lograr el triunfo de los principios liberales, fué la intervención extranjera en los asuntos del país. Y esta fué debida, ó por lo menos determinada, por una medida de carácter dudoso tomada por el mismo Juárez. El 17 de Julio de 1861 el Congreso pasó una ley suspendiendo el pago de la deuda extranjera. Esta ley tenía todo el apoyo de Juárez, quien la considera-



VENDEDOR AMBULANTE.

ba como el medio de ir salvando las dificultades financieras porque atravesaba la Nación. Era Juárez de carácter demasiado honrado para haber pensado un solo momento en repudiar la deuda. La medida era puramente de carácter temporal en lo que concierne al pago de la deuda extranjera, aunque el Gobierno mexicano cuestionaba la legalidad y justicia de muchas reclamaciones presentadas por las tres principales naciones interesadas, Inglaterra, Francia y España, y buen número de dichas reclamaciones habían sido disputadas en términos enérgicos. Mas como ni los límites de esta obra, ni su carácter permiten hacer un examen detenido de las muchas circunstancias que condujeron á la intervención de los franceses y al establecimiento en México del imperio bajo Maximiliano, basta para nuestro objeto hacer notar todo aquello que tienda á ilustrar las condiciones políticas, sociales é industriales del país en esa época. Las causas que impulsaron á las tres naciones arriba mencionadas á intervenir en los asuntos de México, no forma sino un incidente en la historia de la República, y de consiguiente tienen muy poca relación con el actual desarrollo político é industrial del país. Efectivamente, el mismo imperio no fué sino una planta exótica trasplantada al suelo de México, donde pronto se marchitó y murió, en parte, debido á la falta de cuidado y atención y en parte á encontrarse con atmósfera poco adecuada y con terreno del todo inapropiado.

El experimento, mientras duró, tuvo gran interés y el resultado final tuvo influencia muy significativa en el futuro del país, para el cual, sin la menor duda coadyuvó á abrir camino. Pero el imperio, considerado como un experimento de gobierno, no dejó tras sí al pueblo mexicano legado alguno de carácter político que valga la pena. En ningún tiempo durante su reinado pudo Maximiliano dominar sobre todo el país, ni pudo tener la satisfacción de decir que lo gobernara con la voluntad del pueblo. En resumidas cuentas, su gobierno, mientras duró fué sostenido por

las armas francesas, y cuando éstas lo abandonaron le faltó el apoyo de todos, salvo el de los más fanáticos conservadores. Pero volvemos á repetir, como el asunto de este libro únicamente se refiere al desarrollo y progreso actual del pueblo mexicano, toda la cuestión de intrigas políticas, ambiciones é intereses nacionales que fomentaban el movimiento de Inglaterra, Francia y España y que resultó en el establecimiento del imperio de México, toda esa cuestión decimos, por interesante que sea, se aparta del asunto de esta obra y ocuparía un espacio que propiamente debe dedicarse á otros y más vitales asuntos. Por lo cual lo que refiere á las causas que originaron el imperio, á sus intrigas y demás cuestiones que le son particulares, lo tocaremos ligeramente y sólo cuando tengan influencia directa en el desarrollo de los asuntos políticos é industriales del México moderno.

Mas las guerras del imperio y la lucha heroica del pueblo mexicano para sacudirse el yugo del invasor extranjero, siendo parte importantísima todo ello de la historia de la Nación, forma apropiadamente asunto de esta narración y por tal motivo será tratado extensamente, siempre que los acontecimientos arrojen luz sobre las condiciones políticas y militares y otras de carácter nacional que nos ocupan.

La ley de 16 de Julio de 1861, suspendiendo el pago de las deudas extranjeras, dió pretexto para la intervención de Francia, Inglaterra y España en los asuntos de México, al cual se le consideraba en Europa, y especialmente en las tres naciones mencionadas, como en un estado de completa anarquía. Esta creencia había sido industriosamente fomentada por los ministros, cónsules y otros representantes del partido conservador, cuyo Gobierno era aún mirado por ciertas naciones europeas como el Gobierno legítimo de México, debido á haber estado dicho partido en posesión de la capital de la República los tres años que siguieron á la fuga de Comonfort al finalizar el año de 1857. Estos individuos eran por consi-



HACIENDO UNA OBRA PÚBLICA EN MÉXICO.

guiente considerados como los representantes acreditados por el legítimo Gobierno de México; y aún en las naciones que habían reconocido á Juárez como Presidente de la República, los representantes del partido conservador se mantenían en gran evidencia, y era frecuente que tuvieran más influencia que los representantes del Gobierno legítimo. Por todos lados manifestaban su actividad y por donde quiera tenían el apoyo de la Iglesia, la cual ejercía poderosa influencia tanto en Francia como en España. La idea de establecer en México un imperio sucedáneo de Francia sedujo á Napoleón III; y España también probablemente se hacía visiones de extender una vez más sus dominios en la tierra de los aztecas. En cuanto á Inglaterra, contaba con colectar sus deudas del modo más cómodo posible, aprovechando la ayuda de sus vecinos.

Los emisarios del fugitivo Gobierno conservador hicieron sus trabajos más finos en Francia, donde estimularon la vanidad de Napoleón, quien por medio de su Ministro en México, que lo influenciaba grandemente, vino á ser el centro y director de toda la trama, la cual ostensiblemente era obligar á México á reconocer la obligación de pagar su deuda extranjera. Pero tanto Francia como España se hacían ilusiones que en gran parte nunca llegarían á realizarse. Sin embargo, Napoleón logró la aquiescencia de las otras dos naciones y que se formulara un tratado, el cual se firmó en Londres el 31 de Octubre de 1861, por el cual Inglaterra, Francia y España convinieron en ocupar conjuntamente las principales fortalezas de la costa oriental de México, y esforzarse por facilitar al pueblo de ese país el establecimiento de un gobierno estable. Una de las condiciones del tratado fué que el territorio de México no sería en ningún caso cercenado ó alterado. Esta última cláusula fué incluída á instancias del representante británico, y con toda probabilidad no ha de haber sido muy agradable ni á Francia ni á España. Pero como no podían oponerse á ella sin revelar sus ocul-